

«Palabras a una tertulia» tituló Camilo José Cela el discurso patético que pronunció en la presentación de su última novela (o poema, o ensayo), «Oficio de tinieblas 5», cuya crítica aparecerá en breve en estas páginas. Así habló Cela:



LES presento mi nuevo libro oficio de tinieblas 5 o novela de tesis escrita para ser cantada por un coro de enfermos como adorno de la liturgia con que se celebra el triunfo de los bienaventurados y las circunstancias de bienaventuranza que se dicen: el suplicio de santa teodora el martirio de san venancio el destierro de san macario la soledad de san hugo cuyo tránsito tuvo lugar bajo una lluvia de abyectas sonrisas de gratitud y se conmemora el día primero de abril. Quizá tengan razón quienes piensan que el título es largo; en todo caso, ni pude ni quise hacerlo más breve, puesto que cuanto en él se dice fue preciso a mis fines.

Llevo ya publicados muchos libros, con mejor o peor fortuna, y no obstante, es ésta la vez primera que presento un título propio en sociedad. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué doy ahora este paso ajeno a mi costumbre? ¿Cuáles han sido los motivos que me indujeron a mi actitud? Tras mucho pensarlo, creo haber encontrado la razón de mi presencia ante ustedes: porque me siento con el grado de madurez literaria y humana suficiente para hacerlo o, al menos, para intentarlo. ¡A la vez, viruelas!, pueden pensar, y quizá no yerren. Las presentaciones al uso van poco con mi carácter y, para ésta de hoy, he tenido que esperar y hacer acopio de valor. Y de sentido de la propia responsabilidad. Les ruego que prueben a disculparme esta digresión.

En la cubierta, como podrán observar, aparece el título abreviado por razones de elemental prudencia. El guarismo 5 que en él figura no significa quinto, sino que representa un ordinal alógico, paradójicamente abstracto, fluctuante e indeterminado. Mi oficio de tinieblas no es el quinto, sino, que yo sepa, el octavo, y no dudo que en cualquier momento puedan aparecer, perdidos en la selva de la bibliografía, dos o tres más que lo convirtieran en el décimo o el undécimo: de ahí que al guarismo que lo designa prefiera darle un valor movedido y no puntual. Desde el oficio de tinieblas, ya casi centenario, del alavés don Bernardo Ramírez de Luna, "narración escrita con arrebato a la más moderna prosodia", hasta el mío, he encontrado seis "oficios de tinieblas" más y en ningún caso supongo que mi búsqueda haya sido perfecta: un poema del costarricense Fidelino Yáñez, un cuento del cubano Alejandro

Carpentier, una pieza teatral del uruguayo Antonio Larreta, una novela de la mejicana Rosario Castellanos, un drama de Alfonso Sastre y una parte del libro de poemas La bramadera, de Salustiano Masó; en la página del "copyright" podrán encontrar ustedes las suficientes precisiones.

Enfrentémosnos ahora con la intención y el presunto significado del libro; su técnica, táctica y lingüística, es algo que debe quedar a la consideración de ustedes, a la que me entrego.

Mi oficio de tinieblas, ¿es una novela? En las páginas iniciales declaro: "Naturalmente, esto no es una novela, sino la purga de mi corazón". ¿Debe creérselo? No sé hasta qué punto, ya que, ¿qué más cosa que novela puede ser la purga de un corazón que precisa drenarse, vaciarse del pus con que lo anegaron el desengaño y el dolor? Es demasiado duro este oficio para que podamos permitirnos la licencia de los apriorismos y el ingenuo juego de azar de las preceptivas; recuérdese

ABDICO DE MI MAESTRIA Camilo José Cela.

que la literatura, para Unamuno, no es arte de precepto sino de posepto. No voy a detenerme, claro es, en el ensayo de la definición de la novela considerada como género literario, por dos razones de principio: porque no creo en los géneros literarios ni en sus convencionales fronteras, y porque tampoco creo que la novela —y la literatura, en general— pueda sujetarse a norma. La literatura no es más que muerte —vuelvo a Unamuno— y la novela no es sino una forma de muerte, ni mejor ni peor que cualquier otra: el cáncer, el veronal, el infarto de miocardio o el tiro en la sien. Dejemos que los cautelosos mandarines sigan entreteniéndose con sus clasificaciones y sus ejes de ordenadas y abscisas; a nadie hacen daño, y menos que a nadie, a nosotros los escritores.

La vida es un amargo camino en espiral que conduce a la muerte; la proyección de esa espiral —y el reflejo de la yedra que la adorna y la obstaculiza— es el

objeto de la literatura, su fin adivinado o previsto y jamás encarrilado. Tan identifico a la vida con la espiral que lleva a la muerte que, sin violencia alguna, entiendo la vida como un incansable caminar hacia la muerte a pasos isócronos y consciente o inconscientemente deliberado; de ahí que el hombre pruebe, día tras día, a quemarse aun sabiendo que no es incombustible.

Acontece, sin embargo, que la literatura se cubre de moño que esteriliza, cuando madura y llega a ser objeto de la atención del prójimo espectador. En el arte, nos dejó dicho Picasso hace medio siglo, todo el interés se encuentra en el comienzo; después del comienzo, ya llega el fin. En este instante, el artista —o el escritor— que tiene talento suficiente para oírlo sonar, da un salto en el vacío, se despoja de laureles y vestiduras y se lanza, en cueros vivos, a la palestra. Ha sonado el momento de la vivificadora antiliteratura que nos restituirá la literatura; el lenguaje, la

técnica y el estilo se han hecho viejos y no cabe sino quemar las naves y enfrentarse, con un valor inusitado, con la realidad. Odio y amo —nos explica Catulo—; tal vez me preguntes por qué lo hago; no lo sé, pero pienso que esto es así, y sufro. El devenir de ese odio y ese amor, de esa conciencia y de ese sufrimiento es la cultura, y su crónica, la literatura. La literatura no es más que una mantenida pelea contra la literatura.

El escritor es un enfermo que lucha denodadamente con su propia salud, contra su propia salud, y de esa guerra sale con el alma en pedazos y reducida a ruinas. O el hombre mata a la obra o la obra mata al hombre; el escritor, nadie lo olvide, tiene más de chivo expiatorio que de verdugo.

Les ofrezco a ustedes el acta de defunción de mi maestría, de la que abduco. Me niego a convertirme en mi propia caricatura y también en mi propia mascarilla mortuoria. Tuve todo y renuncié a todo; quiero seguir creciendo y, para ello, me niego a construir. La cultura, recuérdese a T. S. Eliot, representa las cosas que crecen —una brizna de yerba, un amor, un cachorro—, al paso que la civilización se refiere a las cosas que se construyen —una bicicleta, una chocolatera, un cañón—. Queda suficientemente explicada mi preferencia.